

EDITORIAL

EMERGENCIAS DE NUESTRA VIDA MUSICAL

Las instituciones recién creadas viven en sus primeros años épocas de desarrollo que tienen mucha similitud con el crecimiento de los seres humanos. Sufren crisis de adaptación al medio y de reajustes internos; crisis que semejan enfermedades, épocas de prueba en que los organismos se fijan en formas claras y en que el medio ambiente admite y entiende sus funciones. Estas etapas difíciles, nos dice ya la experiencia de muchos años, son sentidas de un modo especial por las instituciones culturales y particularmente por los organismos que se ocupan de la vida artística. Basta cualquier pequeña causa para que se encienda en torno de ellos una controversia.

La Facultad de Bellas Artes, que fué creada después de agitadas discusiones, no pudo desenvolver su trabajo en forma normal, sino después de tres años de inestabilidad y, aun después de estos años, debió afrontar repetidos embates. El Conservatorio Nacional de Música, al cambiar su rango al de una escuela universitaria y generar desde 1928 las iniciativas musicales actuales, afrontó ataques enconados y polémicas de prensa. El Instituto de Extensión Musical, sin contar las dificultades iniciales que la idea misma de su creación provocó dentro y fuera del Parlamento, ha atravesado desde 1940 por lo menos dos períodos difíciles. El primero en 1941, cuando se pretendió confundirlo con organismos de índole política, y el segundo al año siguiente, cuando fué necesario buscarle un entroncamiento administrativo responsable y anexarlo a la Universidad de Chile.

Estas luchas intelectuales, a veces sucesivas y a veces simultáneas en diferentes campos artísticos, han acabado por producir una especie de consenso general de que los artistas son gente fundamentalmente belicosa. En verdad no son ellos, como gremio, más combativos que otro grupo profesional cualquiera.

Lo que sí es efectivo, es que los artistas tienen a su alrededor personas que desean permanentemente convertirse en sus mento-

res: gentes que, con intereses de diversa índole en el arte, están siempre listas para lanzarse a la palestra y aprovecharla defendiendo alguna injusticia real o imaginaria que, en cualquier otro campo de actividad, no provocaría tanto derrame de tinta y tanta prueba de la paciencia. Una dificultad en el arte toma así artificialmente proporciones abultadas que, en el fondo, no significan oposiciones tan hondas y violentas como las que uno encuentra en otras actividades profesionales.

Las luchas artísticas que, por otra parte, ha visto Chile sucederse a lo largo de veinte años, no lo olvidemos, tienen un significado importante y de positivo valer. Nos hemos transformado radicalmente y, por lo que a música se refiere, esta transformación es de tal envergadura que, de ser la música un arte postergado, aparte y legalmente desconocido, ha venido a transformarse en unas de las palancas más fuertes de la cultura chilena; ha venido a tener un apoyo oficial y un sostenimiento económico que ninguna otra de las manifestaciones intelectuales tiene hasta la fecha.

Cuando la Sociedad Bach, en su histórica asamblea de 1.º de Abril de 1924, lanzó en la antigua Biblioteca Nacional el primer llamado a la acción por una mejor vida musical, pareció un hecho quimérico, una tentativa fantástica de muchachos tan solamente llenos de buenas intenciones. Sin embargo, todo el programa que la Sociedad Bach delineó en aquella ocasión, se ha cumplido y con creces. Nunca iniciativa particular, como fué ésta, pudo prever que, al encender el ardor de críticas cuyas soluciones parecían vagas e imposibles, había prendido fuego a un movimiento que no se detuvo nunca más y que sigue transformando nuestro ambiente que, por fortuna, no ha perdido su capacidad de autocrítica.

En las luchas por el arte musical (para no referirnos al campo de las artes plásticas, ya que no es éste la preocupación de nuestra Revista), ha habido dos batallas fundamentales: una de orden estético, intelectual y espiritual y otra que, podríamos decir, es de orden práctico y casi de índole jurídica. En la primera de estas batallas, hemos luchado por ponernos al día, por elevar el conocimiento y el nivel de la música al estado en que se encuentra en todos los países cultos. En la segunda demanda, hemos pedido para la música y para sus cultores una consideración y un apoyo de que no disfrutaban.

La primera de estas luchas reclamó una cosa fundamental: que la música debía ser una parte integrante de la cultura y, en ese carácter, estar incorporada a la educación; debía llegar a ser enseñada en la Universidad, que sólo realizaba en forma muy vaga aquello de ser la protectora de las artes. Este postulado de integración de la música en la cultura, levantó protestas airadas. ¿Cómo podía concebirse que un músico estuviese sentado junto a un profesor de la Facultad de Medicina, por ejemplo, y que tuviese iguales derechos y prerrogativas? Muchos catedráticos hubo que sintieron esta novedad del arte en la Universidad como el primer síntoma de una desviación de criterio, que nos llevaría a la ruina de la casa fundada por don Andrés Bello.

Los prejuicios eran fuertes, fortísimos; la música no debía tener historia, no debía haber pesado en el desarrollo de la civilización occidental y sus actividades era menester que continuaran en el carácter de funciones de entretenimiento; privadas de importancia, alejadas de todo significado preciso, conforme al dicho popular para el que «pura música» es lo inconsistente, lo falso y arbitrario.

De acuerdo con estas doctrinas, el arte serio fué tenido por tentativa intelectualista, por arte aburrido, por cosa de «modernistas» condenada al fracaso. Toda una tradición de más de un siglo de protección oficial, identificaba a la música con la ópera italiana del siglo pasado; no sólo con la ópera en sí misma, sino con las condiciones en que la ópera se ha producido en Chile: espectáculo social, de lucimiento, ligado a las fiestas patrias, etc. La música sinfónica, la música de cámara, la música coral, no atraían mucho a nuestros hombres públicos del año 20. Sin embargo, todo este mundo lleno de convencionalismos, de músicos en actitudes bohemias, con poca cultura general y con escaso conocimiento del significado histórico y social de su arte, ha pasado definitivamente al pretérito. La buena música, la que en todo el mundo es tenida por tal, la producción íntegra de la civilización europea, desde los griegos en adelante, ya no es un arcano cerrado. Tampoco lo es el arte de hoy, ya que la música, incorporada a la cultura, adquirió pasado y presente y admitió que el arte vive y evoluciona con miras al futuro. Se formó en Chile una «élite» indiscutiblemente culta, que no desdice frente a los grupos más evolucionados de cualquier otro país.

Esta lucha estética sin puestos que distribuir es, tal vez, la que el público ha aquilatado menos y la que también menos ha conmovido a los gobernantes, a los parlamentarios, a los críticos y a los periodistas en general. La lucha más ardua vino cuando el cambio alcanzó al terreno del problema económico.

Para que hubiera cultura musical era necesario reformar la enseñanza, por lo tanto, herir intereses, cambiar personas; para que hubiera conciertos, era necesario trasladar el centro de gravedad de la vida musical chilena, desde el escenario de Rigoletto y de Aída, a los Conciertos Brandenbúrgueses de Bach, a las sinfonías de Beethoven y a la Sinfonía de Salmos de Strawinsky. También aquí se herían pequeños principados. Para que surgieran organismos de conciertos, era necesario que entidades del Estado sostuvieran con recursos económicos efectivos lo que ningún filántropo chileno jamás había tenido la intención de hacer. La Orquesta de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos, primero, lanzada a la aventura de dar conciertos sistemáticos desde 1930,—obra magnífica de la Universidad de Chile,—creó la necesidad y la necesidad hizo dictar una ley y establecer un Instituto con miras a resolver el problema musical chileno y colocar cada cosa en su sitio.

Esta iniciativa trascendental, que dotó al país de herramientas culturales de proyecciones vastísimas, acabó también por estar en las manos de la Universidad de Chile, que la creó y a hizo posible. La Facultad de Bellas Artes, a través del Conservatorio Nacional de Música, había llevado modestamente una acción vigorizadora

de la profesión musical. El Instituto, creado por la Ley 6696, debía dar medios de vida a los mejores elementos que habían abrazado una carrera incierta y difícil, como es la actividad musical.

Desgraciadamente, cuando se habla del Instituto, mucha gente se ha olvidado de dos circunstancias: primero, que los fines para los que el Instituto de Extensión Musical fué creado no se imaginaron en su totalidad como obligatorios desde su iniciación y, segundo, que los medios económicos puestos en manos del Instituto, resultaron mucho menores que aquello que los legisladores creyeron. Para complicación de este último aspecto, la marcha inflacionista de nuestra moneda ha venido restando posibilidades al Instituto, desde que éste debe consumir gran parte de sus rentas no sólo en reajustes de sueldos, sino en los gastos provocados por el encarecimiento de todos los aspectos de la vida musical.

Para proporcionar un dato sugestivo, diremos que en 1941, con una entrada por concepto del impuesto de espectáculo que el Instituto tuvo de \$ 2.160.000.—, la Orquesta Sinfónica costó un poco más de \$ 1.800.000.—; en el año actual de 1945, con una entrada de \$ 4.320.000.—, por el mismo capítulo, la Orquesta Sinfónica sola costará \$ 4.738.940. Es decir, que la totalidad de los fondos de la Ley y mucho más, se consumen en la sola orquesta sinfónica. Si la Universidad de Chile no hubiese venido en ayuda del Instituto y si éste no desarrollara durante el año actividades que le proporcionen utilidad, no habría con qué cumplir ninguno de los fines que la Ley de su creación le señaló. Bien se comprende que no es posible realizar actividades, como muchos querrían gratuitas, o casi gratuitas, con un Presupuesto que, pongamos el caso, cubriera únicamente los sueldos.

Esto hace que el Instituto de Extensión Musical sea en la actualidad una organización enteramente universitaria. La Universidad no sólo paga todo su personal administrativo y técnico, sino que le proporciona fondos para su movimiento. El Instituto, de una entidad que se imaginó como íntegramente *costeada* por el Estado, ha venido a ser simplemente una entidad *subvencionada* por el Erario Público.

Este problema económico ha traído como consecuencia lo que ya hemos dicho: que sus finalidades amplísimas no se pueden realizar sino en parte y que debe proceder su directiva con extrema cautela, para no arriesgar el total de su labor. Parte de la actividad musical que el Instituto dirige, debe hacerse contando con producir utilidades y otra parte de ella debe ser realizada a fondo perdido.

Muchas personas y seguramente parte del público, que piensa que el Instituto nada en una opulencia de millones, no entiende esta situación verdadera de sus finanzas. Cuando se dan conciertos a precios elevados (nunca tan elevados como debieran ser si se les cargara el gasto de orquesta), no falta quien censure al Instituto por aparecer como una empresa corriente de conciertos. Como contraparte, cuando éste *gasta* dinero en jiras a provincias, en conciertos populares, educacionales y conciertos de cámara, no falta quien,

con arrestos fiscalizadores, diga por la prensa que el Instituto pierde un dinero que no le pertenece. . .

Durante estos primeros años en que el Instituto de Extensión Musical ha atravesado por la época de su crecimiento artístico inicial,—apenas tiene cinco años de existencia,—ha debido soportar los inevitables ataques enhebrados por cualquier causa. En el presente año, la Directiva del Instituto se ha visto llevada a la publicidad en cierta prensa (muy baja y poco significativa por suerte), desde donde se le han dirigido toda clase de acusaciones.

Esta campaña, iniciada por algunos elementos eliminados de la planta de empleados del Instituto, no ha sido recogida por ningún diario serio. No obstante, como la invención y la calumnia en letras de molde algo influye, no han faltado personas que se han acercado a las oficinas del Instituto en demanda de explicaciones. Aún se nos ha dicho que los promotores de estas campañas, malos ciudadanos chilenos, se han encargado de diseminar por el extranjero colecciones de recortes. Han querido sorprender en países en donde la gente no conoce la calidad de los diarios autores de la campaña a que aludimos y procuran sembrar el descrédito más allá de nuestras fronteras. Es por esto principalmente, por lo que recogemos en esta Revista el hecho de semejantes ataques. Es menester que se sepa: ningún órgano de publicidad que merezca respeto ha amparado una labor destructora que merecería caer en la órbita de la justicia criminal.

La transformación del medio artístico chileno está solamente en marcha. De ahí que no podamos sorprendernos del hecho que se nos dirijan críticas; sólo debemos lamentar que estas censuras vengan adobadas con intereses tan mezquinos y no lleven el menor espíritu constructivo. El Instituto, en sus cortos años, tiene una labor que, enunciada en datos estadísticos, será profundamente impresionante.

Lo que se ha hecho por las provincias, ya es un comienzo; los conciertos educacionales, los conciertos populares, la obra en conciertos de música de cámara, el estímulo de la composición chilena, el trabajo magnífico de la Escuela de Danza, son hechos que el Instituto pondrá patentes en la Memoria que publicará dentro de poco. Todos deseáramos mayor amplitud; nuestros compositores y nuestros ejecutantes querrían que el Instituto fuese la entidad todopoderosa que, incluso, les diera inmediata fama.

Nada es más fácil que criticar y que pensar en los defectos y en las limitaciones y señalar los inevitables errores que se cometen en toda organización humana. El Instituto, sin embargo, está seguro de su línea y sabe que llevándola adelante, habrá de cumplir su finalidad principal, que es la propagación de la cultura musical en todas las esferas sociales y la ayuda de todas las iniciativas que signifiquen un positivo avance en la cultura musical de Chile.